

J. EDWARDS BELLO

"LA NACIÓN"

Agustinas 1269

Oficina particular: Galería Alessandri 24

SANTIAGO DE CHILE

✱



Santiago - Nov. - 1923

1

Estimado Don Miguel:

A propósito de la embajada
del Cardenal y de los sermones
alabando la Inquisición.

Otro recorte relativo a la
dictadura militar.

M. affe

J. Edwards Bello

EL PRONUNCIAMIENTO DE BARCELONA

por JOAQUIN EDWARDS BELLO.

Septiembre

El pronunciamiento militar de Barcelona es muy característico de la situación política europea en general, que hace fluctuar a los países entre el fascismo y el comunismo. Europa gira entre esos dos extremos: Mussolini y Trotsky. El mundo entero está dividido en esas dos corrientes. Si Italia es una realidad, no lo es menos Rusia.

Para los que conocemos algo más que la generalidad de la gente, de aquí, la política y los hombres de España, este movimiento, tal como lo cuenta el cable, nos desconcierta. Evidentemente las noticias telegráficas contienen grandes vacíos que el correo llenará más tarde. Desde luego, el general Primo de Rivera, que aparece como descontento por la indecisión gubernamental respecto al ejército de África, que permanece inactivo, fué uno de los que más tenazmente se opusieron a la tal campaña, llegando hasta a aconsejar un abandono de Marruecos, motivo por el cual se hizo muy impopular y se habló de su posible separación del Ejército. Ahora este mismo general aparece a la cabeza de una rebelión con carácter militarista y fascista, decidido a llevar con energía la campaña, a terminar con el asunto de las responsabilidades y a castigar con rigor a los amotinados de Málaga. Esto es lo que, a nuestro juicio, trasciende del block de noticias cablegráficas.

Primo de Rivera aparece, por consiguiente, contra el señor don Santiago Alba, contra el marqués de Alhucemas y todo el grupo político liberal, aún el que pareciera más pegado a la monarquía, que llamaremos el grupo Romanones. Es indudable que el conde de Romanones está contra el pronunciamiento. De esta manera la situación del rey nos aparece como difícilísima, pues se ha visto obligado a divorciarse violentamente de los liberales, con tendencias democráticas y reformadoras, para caer en brazos de los militares y reaccionarios. Es posible que gran parte del elemento civil vea con repugnancia el golpe militar. El mismo rey, en el famoso discurso pronunciado en Las Planas cerca de Barcelona, contra las Juntas de Defensa militar, dijo que estas Juntas eran una "Guardia pretoriana". Ahora, este pronunciamiento, encabezado por Primo de Rivera en Barcelona, y por el general Cavalcanti en Madrid, no hace sino continuar la labor que esas Juntas pretendieron realizar, pero en forma mucho más violenta, decisiva y franca.

En todo caso, en España, se hacía necesario un cambio, una reacción; la guerra, tal como se estaba llevando a cabo, sin decisiones, oscilando entre la opinión pacifista del pueblo y la opinión agresiva del Estado Mayor, no podía continuar. La situación en Barcelona, especialmente, era insostenible; los pistoleros tenían aterrorizada esa City hirviente de trabajo y prosperidad. Este ha sido sin duda el pretexto y argumento más sólido de Primo de Rivera para llevar a cabo el pronunciamiento, que, volviendo al primer párrafo con que iniciamos estas líneas, coloca a España en

la corriente fascista, tendiente a estrangular el sindicalismo, las revoluciones agrarias de Galicia y Andalucía y los estallidos pacifistas con matices comunistas. En su proclama larga y un poco estridente dice Primo de Rivera que quiere transformar a España en un inmenso somatén. Los somatenes son cuerpos de voluntarios armados que se reúnen a toque de rebato, muy semejantes a los fascistas italianos en su organización y procedimientos. Mañana, si España llega a ser verdaderamente como un gran somatén, veremos reproducirse las escenas de represión violenta y reaccionaria con mayor crudeza que en Italia y, seguramente, se procederá en primer lugar al exterminio de los sindicalistas, pistoleros y comunistas de Bilbao, Barcelona y Galicia. En esta creencia nos fortifica la presencia del sanguinario general Martínez Anido, ex-gobernador de Barcelona, cerca de Primo de Rivera y Cavalcanti. La presencia de este general, que estuvo escondido mucho tiempo para evitar vergüenzas, y que los demócratas llaman "Trepoff", dice bien claro del carácter del pronunciamiento. Martínez Anido es ídolo de la aristocracia, pero es odiado en general por el pueblo, especialmente en Barcelona donde esperaba como Scarpia policial, inventando complots y cazando de cualquier manera a los conspiradores o presuntos sindicalistas. Sánchez Guerra destituyó a Martínez Anido a raíz del descubrimiento de uno de esos falsos complots, preparados por la policía y la guardia civil para exterminar sospechosos. Primo de Rivera, Jefe del Somatén, es como si dijésemos, un Mussolini español.

Una de las causas del fascismo en Italia fué la falta de respeto a los militares; exactamente lo mismo ha ocurrido en España. El pueblo perdió el respeto a los militares. La campaña desastrosa de Marruecos, la inercia de un ejército de ciento cincuenta mil hombres durante dos años, incapaz de reducir a unas bandas de salteadores desarraigados como son los rifeños, ha exacerbado el espíritu popular. Alba, que encomendó a Echevarrieta el rescate de los prisioneros, se enemistó por este motivo con los generales y altos jefes. El rescate de los prisioneros, hecho por un civil, fué una de las páginas más nefastas de la historia española contemporánea; el ejército había sido impotente para rescatar esos prisioneros, que en número de ochocientos llevaban una vida miserable a un día de marcha de Alhucemas, al alcance casi de los cañones de la escuadra y bajo la protección de la aviación. Don Santiago Alba recogió el inmenso clamor público y con el concurso de un civil, puesto que los moros no querían tratar con militares, hizo el rescate bajo la bandera republicana del Rif, puesto que no podía hacerse de otra manera. Los moros celebraron ese día corriendo la pólvora y llevándose en trofeo los cuatro millones trescientas mil pesetas en duros a lomo de mula, como en las épocas de Harun-Al-Raschid. La llegada de esos generales, coroneles y soldados y más que todo de las mujeres cuyo aspecto era desolador y punzante fué co-

nocida por todos, provocó un estallido de indignación, y se reunieron los militares otra vez con el objeto de tratar de conseguir nuevas sumas para tentar un ataque rápido y desesperado a Alhucemas en forma de venganza y castigo. Don Santiago Alba, fiel reflejo siempre de la opinión popular, se opuso tenazmente a ese proyecto diciéndolo por su órgano de publicidad, "La Libertad", que aquello que el ejército no pudo hacer en dos años, dotado de todos los elementos modernos, aviones, tanques, cañones y ametralladoras, menos podría hacerlo con esa precipitación dictada por la vanidad y el espíritu de venganza. En esos mismos días en que Echevarrieta rescataba con su propio peculio a los prisioneros que el ejército no pudo rescatar con las armas el rey estaba de cacería en las fincas del Duque de Tarifa, llamada el coto de doña Ana. Esa ausencia voluntaria del rey de un acto trascendental y simbólico, en un vedado de cacería, probó al pueblo su simpatía con la clase militar, profundamente herida por el acto del Ministro Alba. Por esa actitud ambigua que las circunstancias imponen a los monarcas modernos, el rey ofreció un título de nobleza al señor Echevarrieta, que con tal motivo celebró una reunión de familia, resolviéndose unánimemente rechazarlo. Pasado el primer movimiento de indignación, la vida sigue su rumbo. El ejército siguió encallado en las rocas del Rif y el descontento popular por el dinero y la sangre gastados inútilmente, siguió también su curso. En Africa se han gastado 2,000 millones de pesetas; si se hubiesen repartido entre los cabecillas moros unos diez millones y se les diese al año la renta de otros tantos, Marruecos estaría enteramente sometido. Esto está en la conciencia de todos los españoles.

El fascismo de somatenes, encabezado por Primo de Rivera, Cavalcanti y Martínez Anido, es, a nuestro modo de ver, nada más que el preludio de acontecimientos mucho más graves. El rey, tomando posición con el ejército, se ha divorciado quizá para siempre de sus políticos, aún los más amigos, como Romanones, García Prieto, Sánchez Guerra y Alba. El cable nos traerá en estos días detalles del movimiento reaccionario que seguirá sin duda a las proclamas bombásticas. Desde luego la prensa radical donde escriben los Unamuno, Marcelino Domingo, Araquistain e Indalecio Prieto será seguramente amordazada. Ya se dijo que toda victoria militar es una derrota civil. De manera que hoy tenemos en Europa tres fascismos: el de Poincaré en Francia, el de Mussolini en Italia, y este recién nacido de Primo de Rivera en España. Las verdaderas democracias hoy día son Rusia, Alemania y Austria. Nosotros creemos con "Le Journal" de París: "La opinión general es que los militares derribarán al Gobierno y después se producirá una revuelta de la población que traerá como consecuencia final la guerra civil". Desearnos sinceramente que el noble pueblo español salga feliz y renovado de este trastorno.

FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS por JOAQUIN EDWARDS BELLO.

ISABEL LA CATOLICA Y TORQUEMADA

Se ha hablado en estos días de la conferencia o sermón de un notable orador dominico en el templo de Santo Domingo, por haber ensalzado la figura del célebre inquisidor español Fray Tomás de Torquemada, nombre que por extraña coincidencia encuadra bien con su personalidad. Torquemada, quiere decir sin duda "torre quemada", y este Fray quemó efectivamente una torre de cuerpos humanos; se calcula que mandó a la hoguera más de 9,000 personas. Fueron quemados en efígie 6,870 y 97,321 fueron condenados a distintas penas. Fray Tomás de Torquemada no cabe hoy día en nuestro pensamiento, sino como ejemplo lombrosiano de desequilibrio mental. Afortunadamente, la mayor parte de las personas que asistieron a la conferencia o sermón de Santo Domingo quedaron extrañadas y no convencidas. La Inquisición fué como una locura, afortunadamente pasajera, de la iglesia católica española. De continuarse por más tiempo, quién sabe lo que hubiera ocurrido. La Inquisición hizo crecer en Francia e Inglaterra una aversión o antipatía popular por los procedimientos oficiales españoles. Políticamente la Inquisición empezó la anemia de la nación, hasta entonces floreciente y rica. España ha conservado sus archivos y, gracias a ellos, podemos reconstruir esa época nefasta y dar detalles exactos sobre las quemazones humanas y los estragos de todo género causados por la Inquisición, que el fanático y cruel Torquemada encarnaba. A nosotros nos parece casi una ingenuidad discurrir sobre esa época y ese personaje, diciendo que no reflejaba el ideal cristiano y que hacía todo lo contrario del dulce profeta. Por ahí se conservan en los museos instrumentos de tortura de la Inquisición: Cristos que movían cabeza y brazos; argollas, braseros, férreos látigos, pinzas y punzones. Uno de los cuentos más espeluznantes del macabro Poe se refiere a esas torturas de la Inquisición.

La humanidad entera se estremece al solo nombre de esa época nefasta en que el pensamiento estuvo amordazado, la libertad proscrita y la vida de los ciudadanos pendiente de los soplores y espías del Tribunal del Santo Oficio. Recuerdo que no hace muchos años, aquí en Chile hubo quienes negaron la existencia de la Inquisición, achacando su fama a los herejes que ya no saben qué inventar contra la iglesia. Una mistificación más o menos no tiene casi importancia en este terreno de las inmensas humanas mistificaciones. La Inquisición existió, es indudable, y por si faltaran pruebas, por si fuesen falsos esos archivos palpitantes, ahí tenemos el testimonio de este famoso orador dominico que elogia a Torquemada y declara muy convenientes esos procedimientos inquisitoriales. Aquí, en nuestra América, los tribunales del Santo Oficio funcionaron

hasta 1810, lo mismo que en España, donde el último grande hombre llamado a declarar fué el pintor Goya por haber pintado el famoso cuadro "la maja desnuda". Aquí en Chile la Inquisición ordenó expulsar a mi bisabuelo Jorge Edwards de Vaux, cuyo nombre quedó desde entonces Jorge Eduardo de los Valles, traducido literalmente. En Lima los robos y vejámenes ejecutados con pretextos religiosos por la Inquisición, fueron frecuentes y están retratados con mucha exactitud en una de las obras del malogrado compañero Benjamín Vicuña Subercaseaux.

Isabel la Católica, mujer de gran corazón, de ideas humanitarias y democráticas, celebrada por todos los historiadores imparciales del mundo, tuvo una flaqueza delante de Torquemada, flaqueza que echa una sombra en esa vida magnífica, pero que no empaña esa frente blanca como un astro. Isabel abatió el feudalismo, luchó contra la nobleza ignorante y cruel, fué buena con los indios e impuso órdenes terminantes para abolir la esclavitud o encomiendas. Estas órdenes nunca fueron cumplidas. Isabel la Católica y Fray Bartolomé las Casas son grandes entre las grandes figuras sinceramente cristianas de España. Isabel intentó luchar contra Torquemada, pero el fanático vallesotano, el quemador de carne humana, el torquemario en nombre de Cristo, fué más fuerte que ella. La dulce Isabel se había adelantado a su época y su bondad fué quemada por el inexorable funcionario.

Vamos a relatar la escena más patética que tuvo lugar en palacio entre Torquemada y la Reina Isabel. Se trataba de la expulsión de los judíos; por la mañana de ese día memorable, centenares de ricos comerciantes israelitas fueron a visitar a la reina. Horaron, se arrastraron a sus pies y la comaron de ricos presentes, rogándola que no firmase el decreto que le entregaría el intransigente Torquemada. Uno de los israelitas, Moisés Ben Levi, platero millonario cordobés, regaló a la reina tres fuentes de oro puro y ofreció entregarle treinta mil ducados de oro si conseguía la revocación del decreto o negaba su firma. La reina titubeó un poco, y luego, conmovida, prometió que no firmaría. Los judíos besaban las manos de la cristiana reina cuando apareció Torquemada en el real aposento y, teatralmente, cruzándose de brazos, gritó: "Judas vendió a Cristo por treinta dineros; Su Majestad quiere venderlo otra vez por treinta mil..." Esta frase tonta, dice un escritor inglés, debía tener gran repercusión en la historia de España; fué nefasta porque la reina vaciló.

Isabel firmó el decreto y empezó la persecución y fuga en masa de los judíos, es decir de la gente más trabajadora y sabia de la península. El clero expropió sus bienes, sus casas, sus industrias, y los echó al mar, persiguiéndolos como un rebaño. No hay ejemplo igual de crueldad en toda la historia humana. Los caminos de todo el país se llenaron de fugitivos en penoso estado, casi desnudos, dolientes de ser socorridos, sufrían vejámenes de toda clase; eran insultados, escupidos, ultrajados por un muchedumbre incitada a la persecución. Algunos barcos los esperaba en los puertos mediterráneos, allá llegaban famélicos y andrajosos, expuestos a nuevos ultrajes y rapiñas por nuevos verdugos, muchos morían de extenuación o se ahogaban en el embarque precipitado. Se dispersaron por Turquía, los Balcanes, Marruecos y llegaron hasta nuestra América, disfrazados, conversos, huidos como perros sarnosos. España se desangró y perdió casi todo su poder industrial: ciudades enteras se despopularon; el terror impidió el libre comercio. El resultado nefasto de ese decreto, arrancado por brutal imposición a la reina cristiana, se hace sentir hasta nuestros días. Isabel luchó por sustraerse al fatal fanatismo de su época, pero no pudo. Dudó un momento delante del hombre terrible, pero sucumbió. Esa duda sola la hace simpática por los siglos de los siglos. Era un milagro su liberalidad en época tan oscura en la Corte Católica. La dolorosa emigración de judíos y moros pesa en el destino de España como un error irremediable. ¿Por qué se hizo responsable a toda una nación del suplicio y muerte de Jesús? ¿Por qué no agradecemos mejor a esa nación que nos dió un Pastor tan sublime?

Las prédicas del Padre Urbano han sido inoportunas. Chile es un país libre y nació al calor de las conquistas liberales. Es desconocer profundamente nuestra historia y nuestro espíritu el venirmos a exaltar un pasado triste, que pesa y tiene un sonido lúgubre, de cadenas, en las páginas de la historia. Los americanos conocemos a nuestros amigos de ayer y hoy; sabemos apreciar a Isabel la Católica y a Fray Bartolomé Las Casas. Es contraproducente y anti cristiano predicar el odio y el exterminio de los librepensadores. El gran historiador inglés Prescott, lumbrera de la ciencia universal, califica a Torquemada de nefasto, y achaca a su consejo la parálisis súbita de la civilización española en Europa. Más aún, declara que el espíritu de intolerancia arrojó las brillantes manifestaciones de bondad y civilidad popular, produciendo el desbarajuste colonial.

J. E. B.

LOS FASCISMOS EN EL MUNDO

Mi amigo Ortiz Echagüe, corresponsal telegráfico de La Prensa de Buenos Aires, refiriéndose al recibimiento de los reyes de España en Italia, decía que; generalmente, los vivas y aclamaciones del público se dirigían a los dictadores Mussolini y Primo de Rivera. Agregaba que el pueblo se entusiasmaba al paso de sus héroes fascistas, salidos de la multitud; que sentía la atracción de sus directores populares y que ya los reyes no eran más que borrosos símbolos del pasado.

¿Es esto verdad? —Hasta cierto punto el señor Ortiz Echagüe ha adivinado el porvenir de los fascismos, pero no tiene razón al llamar héroes populares, a esos jefes, ni tiene razón al decir que han contribuido a hacer perder el prestigio a los reyes, puesto que, tanto Mussolini como Primo de Rivera, aparecen sustentando fuertemente esos símbolos del pasado, y se apoyan en los brazos seculares de la monarquía, como son: el Clero y el Ejército.

El señor Ortiz Echagüe vislumbró, seguramente, como vislumbramos nosotros, el porvenir de Europa, el porvenir de esas dictaduras, que tarde o temprano serán realmente democráticas. Tanto Primo de Rivera como Mussolini son el primer peldaño para llegar a la mano fuerte popular, totalmente desprendida de los símbolos del pasado o ficciones históricas que dificultan el progreso y el bienestar de la humanidad.

Ciertamente que ya no imponen como antes a la imaginación popular los reyes y los cortesanos. Las más fuertes monarquías, la rusa y la portuguesa, se desmoronaron para siempre de puro podridas. Las otras se mantienen por propia dignidad, o unidas del pueblo a los trastornos definitivos, o por deseo de conservar una tradición.

Mussolini es realmente un héroe de extracción popular, y representa una reacción indispensable en un país que iba rápidamente a la ruina por corrupción política y caos de los partidos. Mussolini salvó a Italia como cuerpo nacional, pero se apoya en las fuerzas seculares. Después de Mussolini vendrá probablemente la verdadera dictadura popular.

Primo de Rivera es un audaz, dotado de energías y resolución, en un país profundamente cansado, que lo esperaba, pero no lo escuchaba de ninguna parte. Primo de Rivera ofrece terribles huecos en su obra, porque peca por la base, es decir, porque se apoya en el ejército, profundamente desacreditado, en el clero y en la monarquía. Primo de Rivera aparece organizándolo y transformándolo todo en la política española, pero no en el clero y en el ejército, que están profundamente necesitados de transformaciones radicales. La política española era, considerando el conjunto de instituciones, lo más sano del país; los políticos españoles los más honrados: citemos como ejemplo a Sánchez Guerra, Maurra, García Prieto. En cambio, el ejército, derrotado en Africa, incapaz de llegar a Alhucemas, con más generales que Alemania en 1914, gastando seiscientos millones anuales, no ofrecía al país ejemplos de virtudes. Por su parte el clero español, materialista, formado casi en su mayoría por profesionales sin vocación espiritual, como un gigantesco tentáculo en el corazón nacional, no es un elemento para reformar ni transformar. Cualquiera que haya conocido la España actual, sabrá que no cabe renovación sin tocar profundamente la iglesia y el

ejército, fuerzas inmensamente desproporcionadas que desangran al país sin aportar utilidad conocida. Eso y la descarga de los impuestos al pueblo para repartirlos equitativamente entre los poderosos son la base para una renovación española. Lloyd George se asombró en España durante los días que visitó Ronda, Jerez y Sevilla, de saber cómo la mayoría de los tributos pesaba sobre el pueblo y, cómo en gran parte el presupuesto servía a pagar las guerras, los oficiales, soldados y el inmenso clero. En Cádiz, un pueblo fanático paga seis mil pesetas diarias por el capítulo de consumos y, en cambio, por todos esos campos se ven los letreros: "vedado", "coto", indicando los terrenos fértiles dedicados a la cacería, pertenecientes a la nobleza, que hace una guerra cerrada a las reformas tributarias. No hemos oído hasta ahora que Primo de Rivera haya reformado en este sentido; al contrario, le vemos expulsando políticos, que, aunque prevaricadores en pequeña escala, prometieron hacer esas reformas; y, por otra parte, organiza somatenes a base clerical. Es lástima que los pastores democráticos españoles no hayan tenido honradez personal: es la causa de la dictadura militar. Primo de Rivera no durará seguramente, porque España tiende de manera irresistible a convertirse en república federal, manera la más humanitaria y honrada de dar libertad al catalanismo de los Segadors, a las aspiraciones vascongadas de Gora Euzkadi, a los labriegos de Galicia y Andalucía.

A la audacia de Primo de Rivera se deberá la conmoción que despertará sin duda la sensibilidad nacional. Porque España necesita otra cosa que la disolución de las Cortes y de algunos ayuntamientos.

Una vez despierta la sensibilidad, una vez que vuelva a latir vigoroso el pulso español, que Joaquín Costa creyó extinguido, entonces saldrá de la multitud el héroe, el reformador, que nunca jamás puede nacer de la política. Ortega y Gasset, en el libro "España Invertebrada", que es como el corolario de la obra periodística de Unamuno y de los libros de Noel y de Costa, achaca al pueblo español un profundo escepticismo e indiferencia para los asuntos nacionales, como una abulia y cansancio profundo que lo lleva a buscar sus héroes en las plazas de toros. Y, al fin y al cabo, los toreros, nacidos de la baja muchedumbre, y que llegan al honor y la gloria de los magnates, encarnan el vigor de la masa popular, representan el heroísmo plebeyo. Esos muchachos morenos, con trajes bordados de oro, buscaron la manera de llegar arriba, la única, la más rápida, juzgándose la vida, en ese país lleno de grandes privilegios sociales, donde la lucha es áspera y las expectativas escasas.

Pero, cuando vuelva la sensibilidad nacional, cuando el pulso torne a latir, entonces, forzosamente, volverán las miradas a otros héroes que encarnarán la grandeza social del país dentro de las humanas aspiraciones de justicia universal. Primo de Rivera no es aún tal héroe, ni se acerca siquiera; en este sentido es muy inferior a Mussolini. Primo de Rivera es un general, en muchas cosas parecido a todos los generales monarquistas que llevaron a Annual.

Posiblemente no conoce la obra de los grandes maestros reverenciados por nosotros, los únicos capaces de dirigir con sus ideas el movimiento de justicia y liberación nacional. Desgraciadamente, la

insensibilidad de que hablamos se manifiesta respecto a los escritores de manera palpable. El noventa por ciento de los libros que se imprimen en España se venden en América. En cambio, de los libros americanos no se lee en España ni el medio por mil. El hispano-americanismo es una cosa oficial, almidonada, sustentada a base de cuotas; pero en realidad el pueblo se olvidó de América. Conoce a México y Perú, porque en esos países hay toros; se conoce Argentina y Cuba, en Galicia, por la emigración.

En realidad, verdaderos directores populares, verdaderos fascismos populares, no existen más que el ejercido por Lloyd George en Inglaterra y el ejercido por Lenin en Rusia. No cabe duda que Lenin y George tienen gran parecido, y por eso Rusia e Inglaterra se entienden políticamente. Nosotros creemos que, tarde o temprano, volverá Lloyd George a ejercer la dictadura en Inglaterra. En todo caso su influencia se ha mantenido inquebrantablemente en el pueblo inglés.

Es inútil negar fuerza a los dirigentes rusos, al directorio fascista, democrático, de Rusia, que tal puede llamarse por sus métodos dictatoriales de Gobierno. Existe una cosa clara y es su intransigencia frente al occidente europeo capitalista. Los rusos han sido firmes como rocas y no aceptaron nunca una proposición, por ventajosa que pareciese, para reconocer la deuda de los tiempos zaristas. El régimen se mantiene inquebrantable. Negar la importancia del bolcheviquismo es pueril; Rusia es un campo de experimentos de inmensa importancia; los bolcheviques han legislado de una manera radical contra el capitalismo. El Derecho Bolchevique ha dictado dos leyes que son sus principios fundamentales y que vamos a transcribir como muestra de esa interesante dictadura en su lucha contra los prejuicios execrables y los privilegios condenables: 1.º "La base de la familia es la filiación efectiva, ninguna diferencia se establece entre el parentesco natural y el parentesco legítimo".

2.º "Los hijos no tienen derecho a los bienes de los padres y éstos no tienen derecho a los bienes de los hijos".

El Código Bolchevique, obra del fascismo o dictadura bolchevique, es una realidad. Al abolir las herencias realiza una de las aspiraciones sociales más arraigadas. En la vida rusa no hay más desigualdad que por la capacidad intrínseca de cada uno en los campos de la competencia; pero no se tolera la desigualdad profunda por la herencia, que enseña los dilapidadores y los viciosos en la más repugnante ociosidad, en contraste con el sudor bíblico de la inmensa mayoría.

En la exageración de estas leyes se encuentra un germen indudable de enseñanzas para nosotros que adoptamos los códigos de la Europa occidental. La dictadura rusa es interesante entre todas por lo radical de sus leyes; seguramente está más cerca de la humanidad futura que las otras dictaduras, de Italia, de España y Francia. El capitalismo unge despreñar a Rusia, no pudiendo ocultar su temor. Pero los ojos de la humanidad obrera están fijos allá en Moscow y Petrograd donde se labra un nuevo Código, un nuevo régimen inquebrantable en el sudor y el dolor humano.

TORQUEMADA Y EL SERMON DE SANTO DOMINGO

por JOAQUIN EDWARDS BELLO.

5

Yo no tengo formado el criterio propio todavía, ni creo que lo tendré nunca, ni creo, además, que nadie se atreva a decir que lo tiene. Soy, como todos, juguete de renovaciones o evoluciones. No creo que el escritor que me achaca ser joven y no tener criterio formado, se atreva a suponer que él tenga ya ideas propias, eternas e incommovibles. Lo deseo sinceramente que no sea así.

Pero, en cuanto al cristianismo se refiere, tengo formada una idea que no es propia, sino que es del cristianismo, eterno, completo e inconfundible como el 2 y 2 son 4. Yo soy cristiano, pero cristiano esterilizado, sin gérmenes patógenos de hipocresía social. Soy radical cristiano, primitivo, de la época Pastoral, del cristianismo griego, ingenuo, sencillo. Yo voy siguiendo a Jesús por los campos, con los rústicos, los aldeanos y los pescadores; pero no con las fanfarras ni las campanas y cañones. Yo estimo eterno el cristianismo de Cristo, es decir, el cristianismo sin fecha, ni patria, ni bandera; del bien, del amor, de la paz y la justicia. Para mí, un hombre que hace quemar 9,000 personas no puede ser cristiano, sino todo lo contrario. A mi modo de ver, el vampiro de Valladolid, Torquemada, es la imagen de Mefisto, del Malo. Pero no sólo él, sino todos los que lo exaltan o imitan. Dice un articulista que el R. P. Urbano no exaltó a Torquemada sino que le excuso, a él, y a la Inquisición. Además dijo que a Felipe II no le habían comprendido.

A nuestro modo de ver, la Inquisición no fué más que un arma política, sustentada por el clero. Se le llama **cordón sanitario contra los herejes**; pero en realidad fué una **muralla china contra el progreso**, además del espíritu sanguinario y de rapiña que revela. Inglaterra quitó la hegemonía del mundo a España, haciendo todo lo contrario. Mientras España expulsó judíos y mata industrias, Inglaterra los recibe y crea su enorme poder industrial. En Inglaterra las libertades; en España la intolerancia. Puede decirse que las manufacturas inglesas de tejidos son hijas de las persecuciones religiosas que se operaban en el Continente europeo, especialmente en España. En un libro chileno muy interesante, "La europeización de Sud América", por Víctor de Valdivia, se tienen datos sobre la materia que nos ocupa. En la página 28 dice: "Los primeros emigrantes judíos no llevaron a Inglaterra menos de 1.500,000 libras de moneda líquida. El judío Carvajal, el solo, importaba anualmente por doscientas mil libras de plata española. Manchester heredó el talento de los judíos y otros orientales españoles expulsados, para la fabricación de telas. Inglaterra debe su grandeza a sus libertades. En Londres se confunde el rabino, el autócrata y el anarquista, sin que esa promiscuidad dañe al país; en Hyde Park, aun durante los primeros meses de la guerra, se podía hablar contra los aliados. Hyde Park es la tribuna pública más libre del mundo".

Víctor de Valdivia dice en la página 26 de su libro: "Contra el orgullo intransigente de Felipe II, la prudente reina Isabel opone su claro espíritu práctico: el primero aspira a la grandeza de su religión; a la segunda le interesa en primer término la grandeza de su pueblo. En el año 1580, en que se reune Portugal a España, la hegemonía española aparece incontrastable; pero mientras su rey, defensor de la fe, se envuelve en penosas guerras contra mahometanos y herejes, la Inglaterra de Isabel almacena, atrayendo al país a todas las gentes industriosas que deseen trabajar en paz, libres de las guerras religiosas que entonces asolaban a Europa".

La historia será inexorable contra Felipe II; aquí no cabe decir que es mal conocido; El Escorial es como el cementerio de España entera, es decir, de la España mundial, de la España inmensa, formidable, que heredó ese monarca. Y, aunque bajo la cripta de ese monumento sólo están enterrados los príncipes y reyes, Bor-

bones o austriacos, puede decirse que es toda la grandeza española que ahí duerme el eterno sueño. Felipe II, sanguinario, fanático, egoísta, no tuvo nunca, en ningún momento, ojo de estadista; heredó un imperio, el más grande de que haya memoria, y lo perdió por sombras y fantasmas. No fué artista, ni estadista, sino simplemente un taciturno, un enfermo, un miedoso del infierno de la Edad Media, que ansiaba salvarse del fuego eterno. Nunca comprendió al Greco; los cuadros que le encomendara, fueron rechazados por él como mamarrachos; rechazó la idea de hacer la capital del imperio en Lisboa, como le aconsejaban sus ministros, porque tenía miedo al mar, a la escuadra inglesa. España era una vasta catedral llena de humo de las hogueras durante ese reinado nefasto. Cuando salió la Invencible, un pueblo en éxtasis oraba por las calles de Madrid, sacando en procesión a Nuestra Señora de Atocha; pero el Infinito, el Inescrutable, como en Waterloo, desbarató esa flota absurda que iba en pos de la intolerancia contra la vidente y bondadosa reina inglesa. El mar apagó las hogueras del Santo. Oficio que amenazaban la libre Albión.

Yo no puedo escuchar excusas de ese monarca, y es probable que esté más cerca de la verdad que el señor Goyeneche aunque declaro que no tengo el criterio formado ni lo tendré nunca. Renán, explicando el gesto de Poncio Pilato, dice: "Pilato no pudo hacer sino lo que hizo. ¡Cuántas sentencias de muerte no han sido arrancadas al poder civil por la intolerancia religiosa! El rey de España, que por complacer a un clero fanático, entregaba a la hoguera a centenares de súbditos, era mil veces más censurable que Pilato, porque en él residía un poder mucho más completo que el que los romanos tenían entonces establecido en Jerusalén. Ni Tiberio ni Pilato fueron los que condenaron a Jesús, sino la Inquisición judía, es decir, el partido religioso de entonces, la ley Mosaica".

Echar la culpa a Pilato o a un pueblo durante casi dos mil años es una pura mistificación.

Volviendo a Felipe II, agregaré que recorrí con un gran escritor español, muy versado en cosas históricas, algunas calles de Madrid, y especialmente recuerdo haberlos extasiado en una vieja calle llamada **Del Camarín de Santa María**, y hoy de la **Almudena**. En esa calle casi solitaria se sienten tétricas voces y siniestros ruidos del pasado. Ahí fué asesinado alevosamente el secretario de don Juan de Austria. Ahí hizo asesinar Felipe II a Escobedo por su secretario Antonio Pérez.

V. Gutiérrez de Miguel, escritor en "La Voz" de Madrid, escribía en ese periódico en 1922: "Felipe II, que envenenó las entrañas de sus cuatro esposas, quiso ganar también para sus sentimientos la belleza de la de Eboli, que amaba al secretario de Felipe II. El rey comprendió que para que la princesa lo rechazara, un amor debía existir en su corazón, y ordenó a su secretario que lo descubriera. Tembló Antonio Pérez, y para salvarse, dijo que el amante era Escobedo, y el rey lo mandó asesinar, y fué Antonio Pérez quien preparó el crimen en esa calle de la Almudena". La de Eboli fué desterrada y encerrada en la torre de Pinto. Sufrió durante diez años la tortura que le infligió el rey, impotente para hacerse amar, atezado por la lujuria y los celos.

"Esa calle, termina el escritor, está llena del espíritu de aquel reinado, en que el más falaz de los reyes de España, fanático y ríspido, soberbio y sin corazón, falseó el espíritu de la raza, y colocó a España, que había llegado a la cumbre, junto a la pendiente".

Si tener criterio formado significa excusar al siniestro vampiro de Valladolid y a Felipe II, yo espero no tenerlo formado nunca. Para mí siguen brillando como grandes cristianos en el pasado de España, Isabel la Católica y Fray Bartolomé de Las Casas, y en el presente de Chile, don Crescente Errázuriz.

J. E. B.